www.elboomeran.com/

Julian Barnes

La única historia

Traducción de Jaime Zulaika

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

www.elboomeran.com/

Julian Barnes

La única historia

Traducción de Jaime Zulaika

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

www.elboomeran.com/

A Hermione

www.elboomeran.com/

Novela: un cuento corto, por lo general de amor.

SAMUEL JOHNSON,
A Dictionary of the English Language (1755)

www.elboomeran.com/

UNO

www.elboomeran.com/

¿Preferirías amar más y sufrir más o amar menos y sufrir menos? Creo que, en definitiva, esa es la única cuestión.

Puedes puntualizar –certeramente– que no lo es. Porque no tenemos elección. Si la tuviéramos sí sería una cuestión. Pero no elegimos y en consecuencia no lo es. ¿Quién puede controlar cuánto ama? Si se puede controlar, entonces no es amor. No sé cómo podemos llamarlo, pero no es amor.

La mayoría de nosotros solo tiene una historia que contar. No quiero decir que solo nos sucede una vez en la vida: hay incontables sucesos que convertimos en incontables historias. Pero solo hay una que importa, solo una que a la postre vale la pena contar. La que cuento aquí es la mía.

Pero aquí surge el primer problema. Si se trata de tu única historia, entonces es la que has contado y vuelto a contar más veces, aunque sea –como es mi caso– principalmente a ti mismo. Así que la cuestión es la siguiente: ¿todas esas narraciones te acercan a la verdad de lo que sucedió o te alejan de ella? No estoy seguro. Una prueba podría ser si, a medida que pasan los años, sales mejor o peor parado de tu historia. Salir peor podría indicar que estás siendo más veraz. Por otro lado, existe el peligro de ser retrospectivamente antiheroico: fingir que te comportaste peor puede ser una forma de autobombo. De modo que tengo que ser cuidadoso. Bueno, andando el tiempo he aprendido a serlo. Tan cuidadoso ahora como descuidado entonces. ¿O quiero decir despreocupado? ¿Puede tener una palabra dos antónimos?

¿La época, el lugar, el medio social? No sé muy bien lo importantes que son en las historias de amor. Quizá en la antigüedad, en los clásicos, donde hay batallas entre el amor y el deber, el amor y la religión, el amor y la familia, el amor y el Estado. Esta no es una de esas historias. Pero bueno, si insisten... La época: hace más de cincuenta años. El lugar: a unos veinticinco kilómetros al sur de Londres. El medio: el cinturón residencial, como lo llaman, aunque nunca conocí a un corredor de bolsa en todos los años que pasé allí.[1] Casas individuales, algunas con armazón de madera, otras con tejado de tejas. Setos de alheña, laurel y haya. Calles con cunetas todavía sin líneas amarillas y vados

para los vehículos de los residentes. Era una época en que se podía ir a Londres en coche y estacionar casi en cualquier sitio. Nuestra zona concreta de aglomeración suburbana se conocía con el bonito nombre de «el Village», y decenios antes quizá fue considerada un pueblo. Ahora disponía de una estación de tren desde la que hombres trajeados viajaban a Londres de lunes a viernes, y algunos también para media jornada extra el sábado. Había una parada de autobús Green Line; un paso de cebra con postes luminosos; una iglesia con el nombre nada original de St. Michael; un pub, una tienda donde vendían de todo, una farmacia, una peluquería; una gasolinera donde hacían reparaciones básicas. Por la mañana oías el chirrido eléctrico de las furgonetas que repartían leche; escogías entre la lechería Express y la United; por la tarde, y los fines de semana (pero nunca las mañanas de domingo), el resoplido de los cortacéspedes de gasolina.

En el jardín público se jugaba un críquet ruidoso y torpe; había un campo de golf y un club de tenis. El suelo era lo bastante arenoso como para agradar a los jardineros; la arcilla de Londres no llegaba tan lejos. Poco antes había abierto una delicatessen que algunos consideraban subversiva porque ofrecía productos europeos: quesos ahumados y salchichas nudosas que colgaban de sus ristras como vergas de burro. Pero las casadas más jóvenes del Village empezaban a ser más audaces cocinando y sus maridos, en su mayoría, lo aprobaban. De las cadenas de televisión disponibles se veía más la BBC que la ITV, mientras que solo los fines de semana se consumía alcohol. La farmacia vendía emplastos para verrugas y champú seco en botellines globulares, pero no anticonceptivos; en la tienda encontrabas el soporífero *Advertiser & Gazette* local, pero ni la más pudorosa revista de chicas desnudas. Para artículos sexuales tenías que subir a Londres. Nada de esto me incomodó durante la mayor parte de mi estancia allí.

Bien, ya he cumplido mis deberes de agente inmobiliario (había uno de verdad a unos quince kilómetros). Y una cosa más: no me preguntes por el clima. No recuerdo bien qué tiempo ha hecho a lo largo de mi vida. Ciertamente me acuerdo de que un sol fuerte daba mayor ímpetu al sexo; de que la nieve repentina era una delicia y de que los días fríos y húmedos causaban esos síntomas tempranos que al final conducían a una doble operación de cadera. Pero nada relevante me ha sucedido nunca en un determinado clima, y no digamos a causa de él. Así que, si no te importa, la meteorología no desempeñará un papel en mi historia. Aunque puedes permitirte deducir que no

llovía ni nevaba cuando yo me encontraba jugando al tenis en una pista de hierba.

El club de tenis: ¿quién habría pensado que empezaría allí? Al ir creciendo, el lugar me parecía simplemente una rama exterior de las Juventudes Conservadoras. Tenía una raqueta y había jugado un poco, al igual que sabía lanzar con destreza la bola en el críquet *off spin*, y fui un guardameta sólido pero de temperamento a veces temerario. Era competitivo en los deportes sin ser excesivamente dotado.

Al acabar mi primer curso universitario, pasé tres meses en casa de mis padres visible e impenitentemente aburrido. A los que hoy tienen la misma edad les costará imaginar lo difícil que era la comunicación en aquel entonces. Casi todos mis amigos estaban muy lejos, y en virtud de un tácito pero claro mandato paterno no era habitual el uso del teléfono. Una carta, y a continuación la respuesta. Todo era lento y solitario.

Mi madre, quizá esperando que conocería a una bonita Christine rubia, o a una chispeante Virginia de tirabuzones negros –en cualquier caso, una chica de fiables tendencias conservadoras, aunque no muy acusadas–, sugirió que quizá me gustase ser socio del club de tenis. Hasta se brindó a pagarme la cuota. Me reí en silencio de su motivación: lo único que yo no pensaba hacer con mi vida era acabar en un barrio residencial con una mujer que jugara al tenis y 2, 4 niños, y observar cómo a su vez se reunían con sus amigos en el club, y así sucesivamente, a través de una resonante hilera de espejos, hasta un futuro interminable de alheña y laurel. Si acepté la propuesta de mi madre fue con ánimo puramente satírico.

Fui y me invitaron a «adaptarme». La adaptación consistía en una prueba en la que no solo mi juego sino mi comportamiento general y mi conveniencia social serían discretamente examinados al decoroso estilo inglés. Si no mostraba aspectos negativos, se me atribuirían los positivos: así funcionaba la cosa. Mi madre se había cerciorado de que mis camisetas blancas estaban lavadas y de que las rayas de mis pantalones eran paralelas y visibles; me recordé a mí mismo que no debía jurar, eructar ni tirarme pedos en la pista. Mi juego era de muñeca, optimista y en gran medida autodidacta; jugaba como cabía esperar que jugase, prescindiendo de los trallazos que a mí más me gustaban y sin lanzar nunca la pelota directamente contra el cuerpo del adversario. Servir, correr a la red, volea, segunda volea, dejada, lob, además de mostrar una rápida apreciación del rival

–«¡Buenísimo!»– y la consideración debida al compañero –«¡Mía!»–. Yo era modesto después de un buen golpe, me complacía discretamente ganar un partido, movía la cabeza apesadumbrado después de perder finalmente un set. Podía fingir todo este rollo, así que me aceptaron como socio veraniego y me uní a los Hugos y las Carolines que jugaban todo el año.

A los Hugos les gustaba decirme que yo había subido el promedio del cociente intelectual del club y a la vez bajado el promedio de edad; uno de ellos insistía en llamarme «sabiondo» y «catedrático», aludiendo hábilmente a que había cursado un año completo en la Universidad de Sussex. Las Carolines eran bastante amistosas, pero precavidas; sabían muy bien a qué atenerse en su relación con los Hugos. En medio de aquella tribu yo sentía erosionada mi competitividad natural. Procuraba emplear mis mejores golpes, pero ganar no me interesaba. Hasta practicaba el engaño inverso. Si una pelota caía un par de centímetros fuera, levantaba los pulgares hacia el contrincante y le gritaba «¡Buenísima!». De un modo similar, si un servicio era una pizca demasiado largo o demasiado ancho asentía lentamente y me desplazaba fatigosamente para recibir el siguiente saque. «Un tío potable, el amigo Paul», entreoí una vez que un Hugo le decía a otro Hugo. Cuando estrechaba la mano de quienes me habían derrotado, elogiaba adrede algún rasgo de su juego. «Ese saque demoledor me ha dado muchos problemas», reconocía yo francamente. Llevaba allí solo un par de meses y no quería que me conocieran.

Al cabo de unas tres semanas de socio temporal hubo un torneo de dobles en forma de caja de sorpresas. Los emparejamientos se decidieron por sorteo. Recuerdo que pensé más tarde: suerte es otro nombre del destino, ¿no? Me tocó de pareja la señora Susan Macleod, que claramente no era una Caroline. Calculé que tendría unos cuarenta y pico y llevaba el pelo recogido por una cinta que le dejaba al descubierto las orejas, en las cuales no me fijé entonces. Un vestido de tenis blanco con un ribete verde y una hilera de botones verdes en la pechera del corpiño. Era casi exactamente de mi misma estatura, uno ochenta si miento y le añado dos centímetros.

–¿Qué lado prefieres? –preguntó.

–¿Lado?

–¿De derecha o de revés?

–Perdone. Me da igual, la verdad.

–Pues entonces empieza de derecha.

Nuestro primer partido, cuyo formato era a un solo set eliminatorio, fue contra

www.elboomeran.com/

el Hugo más grueso y la Caroline más rechoncha. Corrí mucho de un lado para otro, pensando que mi tarea era devolver la mayoría de las pelotas; y al principio, cuando subía a la red, me medio giraba para ver cómo se las apañaba mi compañera y si devolvía la pelota y cómo. Pero como siempre la devolvía, con suaves golpes de fondo, dejé de girarme, relajado, yo tenía muchas, muchísimas, ganas de ganar. Cosa que hicimos: 6-2.

Cuando nos sentamos a tomar agua de cebada con limón, dije:

–Gracias por salvarme el culo.

Me refería al número de veces que me había tambaleado por la red para interceptar pelotas que fallaba y que desconcentraban a la señora Macleod.

–Lo que se dice es «Bien jugado, compañero». –Sus ojos eran de un azul verdoso y su sonrisa serena–. Y procura abrir un poco el saque. Eso ensancha los ángulos.

Asentí, aceptando el consejo sin que se sintiera herido mi amor propio, como habría ocurrido si hubiese procedido de un Hugo.

–¿Algo más?

–En dobles el punto más vulnerable es siempre la mitad de la pista.

–Gracias, señora Macleod.

–Susan.

–Me alegro de que usted no sea una Caroline.

Soltó una risita, como si supiera perfectamente lo que yo quería decir. Pero ¿cómo podía saberlo?

–¿Su marido juega?

–¿Mi marido? Don Pantalón de Elefante. –Se rió–. No. Su deporte es el golf. Creo que no es nada deportivo pegarle a una pelota inmóvil, ¿no te parece?

Había en su respuesta demasiadas cosas como para que yo las interpretara al instante y me limité a asentir con un gruñido discreto.

El segundo partido fue más difícil, contra una pareja que lo interrumpía continuamente para mantener conversaciones tácticas, como si se preparasen para el matrimonio. Hubo un momento en que mi compañera sacaba y yo intenté la burda estratagema de agacharme más abajo de la altura de la red, casi en el centro de la pista, con el propósito de distraer al que restaba. Dio resultado durante un par de puntos, pero después, cuando estábamos 30 a 15, me alcé demasiado rápido, al oír el restallido del servicio, y la pelota se estrelló contra mi nuca. Me derrumbé melodramáticamente y rodé hasta debajo de la red. Caroline y Hugo corrieron hacia mí con un aire preocupado; a mi espalda, en cambio, solo se oyó una carcajada y un femenil «¿Repetimos el punto?», a lo cual,

naturalmente, se opusieron nuestros rivales. Aun así, conseguimos ganar el set por 7-5 y meternos en los cuartos de final.

–El próximo será duro –me advirtió ella–. Son de nivel regional. En decadencia ya, pero no hacen regalos.

Y no nos hicieron ninguno. Nos dieron una paliza, a pesar de que corrí como un gamo. Cuando trataba de proteger el centro, la pelota venía por las bandas; cuando cubría las esquinas, la lanzaban al centro. Solo merecimos los dos juegos que ganamos.

Nos sentamos en un banco y encajamos las raquetas en sus prensas. La mía era una Dunlop Maxply; la suya una Grays.

–Siento haberle fallado –dije.

–Nadie le ha fallado a nadie.

–Creo que mi problema es quizá que soy muy ingenuo desde el punto de vista táctico.

Sí, era un poco pomposo, pero aun así me sorprendieron sus risitas.

–Eres un caso –dijo–. Voy a tener que llamarte Casey.

Sonreí. Me agradaba la idea de ser un caso.

Cuando nos separamos para ducharnos dije:

–¿Quiere que la lleve? Tengo coche.

Ella me miró de reojo.

–Bueno, no querría que me llevaras si no tuvieras coche. Sería contraproducente. –Lo dijo de tal forma que era imposible ofenderse–. Pero ¿y tu reputación?

–¿Mi reputación? –respondí–. Creo que no tengo.

–Vaya por Dios. Te tendremos que dar alguna. Todos los jóvenes deben tener una reputación.

Al escribir todo esto parece más cómplice de lo que era en aquel momento. Y «no ocurrió nada». Llevé a la señora Macleod a su casa de Duckers Lane, ella se apeó y yo me fui a la mía y les hice a mis padres una crónica abreviada de la tarde. Dobles mixtos. Elegidos por sorteo.

–Cuartos de final, Paul –dijo mi madre–. Si lo hubiera sabido habría ido a veros.

Comprendí que eso era probablemente lo último que quería, o que habría querido.

Quizá lo hayas entendido demasiado deprisa. Difícilmente podría

www.elboomeran.com/

reprochártelo. Tendemos a encasillar en una categoría preexistente cualquier relación nueva que entablamos. Vemos lo que hay de general o común en ella, mientras que los protagonistas solo ven –perciben– lo que es individual y particular para ellos. Nosotros decimos: era de esperar; ellos dicen: ¡qué sorpresa! Una de las cosas que pensaba de Susan y de mí –en aquel entonces y ahora de nuevo, tantos años después– era que a menudo no había *palabras* para nuestra relación; al menos, ninguna que encajase. Pero quizá esto sea una ilusión que todos los amantes tienen sobre sí mismos: que escapan a toda categoría y descripción.

Mi madre, por supuesto, tenía respuestas para todo.

Como he dicho, llevé a la señora Macleod a su casa y no ocurrió nada. Y otra vez, y una más. Solo que depende de lo que se quiere decir con «nada». Ni una caricia, ni un beso, ni una palabra, y no digamos un proyecto o un plan. Sin embargo, en el modo de estar sentados en el coche, antes de que ella dijera unas palabras divertidas y luego subiera andando por el camino de entrada a su casa, ya había complicidad entre nosotros. Insisto en que no era todavía una complicidad para *hacer* algo. Únicamente una complicidad que a mí me hacía ser un poco más yo y a ella un poco más ella.

De haber habido un proyecto o un plan nuestra conducta habría sido diferente. Podríamos habernos visto en secreto o disimulado nuestras intenciones. Pero éramos inocentes; y por eso me quedé desconcertado cuando mi madre, durante una cena de agobiante aburrimiento, me dijo:

–Así que ahora haces de taxista, ¿no?

La miré asombrado. Era siempre mi madre la que me vigilaba. Mi padre era más indulgente y menos dado a juzgarme. Prefería dejar que las cosas se calmasen, no enturbiar las aguas, no meter cizaña; mi madre, en cambio, prefería afrontar los hechos y no esconder cosas debajo de la alfombra. El matrimonio de mis padres, para la mirada implacable de mis diecinueve años, era el tópico del desastre, aunque tendría que admitir, ya que soy yo quien lo juzga, que «el tópico del desastre» es en sí mismo un tópico.

Pero como yo me negaba a ser un tópico, al menos a una edad tan temprana, miré a mi madre con una profunda hostilidad.

–La señora Macleod va a engordar, de tanto que la llevas en tu coche –fue la desagradable conclusión materna de su pensamiento inicial.

–No con todo el tenis que juega –contesté sin inmutarme.

–Señora Macleod –prosiguió ella–. ¿Su nombre de pila?

–No lo sé, de hecho –mentí.

–¿Conoces a los Macleod, Andy?

–Hay uno en el club de golf –respondió él–. Un tipo bajo y gordo. Le da a la pelota como si la odiase.

–Quizá deberíamos invitarlos a un jerez.

Como hice una mueca de disgusto ante la perspectiva, mi padre contestó:

–No hay un motivo suficiente para eso, ¿no?

–De todos modos –continuó mi madre, obstinada con su tema–, pensaba que ella tenía una bicicleta.

–De pronto parece que sabes mucho de ella –contesté.

–No empieces a ponerte impertinente conmigo, Paul.

Se estaba acalorando.

–Deja en paz al chico, Bets –dijo mi padre calmosamente.

–No soy *yo* la que debería dejarlo en paz.

–Por favor, ¿me pongo a gatas ya, mami? –pregunté con un gemido de niño de ocho años. Bueno, si iban a tratarme como a un crío...

–Quizá *deberíamos* invitarlos a un jerez.

No supe si mi padre estaba siendo estúpido o jocosamente irónico.

–No empieces *tú* también –dijo mi madre bruscamente–. No lo aprende de mí.

Fui al club de tenis la tarde siguiente y la siguiente. Cuando empezaba a pelotear con dos Carolines y un Hugo vi que Susan estaba jugando en la pista del fondo. No pasó nada mientras me encontraba de espaldas a su cancha. Pero cuando miré más allá de mis contrincantes y la vi balancearse suavemente hacia un costado sobre el pulpejo de los pies mientras se preparaba para devolver un saque, perdí al instante el interés por el punto siguiente.

Más tarde me ofrecí a llevarla.

–Solo si tienes coche.

Mascullé una respuesta.

–¿Comoski, señor Casey?

Estamos frente a frente. Me siento al mismo tiempo confuso y a gusto. Ella lleva su ropa habitual de tenis, y yo me pregunto si sus botones verdes se desabrochan o si son meramente ornamentales. Nunca he conocido a nadie como ella. Nuestras caras se hallan exactamente a la misma altura, nariz con nariz, boca con boca, oreja con oreja. Está claro que ella se da cuenta de lo mismo.

–Si llevara tacones vería por encima de la red –dice–. Pero estamos a la par.

No capto si se siente segura o nerviosa; si siempre es así o solo conmigo. Por

www.elboomeran.com/

sus palabras podía parecer que coqueteaba, pero no me lo pareció en aquel momento.

Yo había bajado la capota de mi Mini Morris. Si estoy haciendo de puñetero taxista no veo por qué el puñetero Village no debería ver quiénes son los puñeteros pasajeros. O más bien quién es la pasajera.

–Por cierto –digo mientras reduzco para meter la segunda–. Mis padres quizá os inviten a ti y a tu marido a tomar un jerez en casa.

–Vaya por Dios –contesta, y se pone la mano delante de la boca–. Nunca llevo a Pantalón de Elefante a ninguna parte.

–¿Por qué lo llamas así?

–Se me ocurrió un día. Yo estaba tendiendo su ropa y tiene unos pantalones de franela gris, varios pares, con una cintura de dos metros, y al sostener en alto un par me dije que eran como la parte trasera de un disfraz de elefante.

–Mi padre dice que le da a la pelota como si la odiase.

–Pues sí. ¿Qué más dicen?

–Mi madre dice que usted va a engordar de tanto llevarla yo en coche.

No responde. Paro el coche al final del camino de entrada y me vuelvo a mirarla. Está inquieta, casi solemne.

–A veces me olvido de los demás. De que existen. Me refiero a la gente que no conozco. Lo siento, Casey, tendría que... Quiero decir que no es como si..., madre mía.

–Tonterías –digo con firmeza–. Dijo que un chico como yo debería tener una reputación. Parece ser que ahora tengo la de taxista. Me vendrá bien durante el verano.

Ella sigue abatida. Después dice en voz baja:

–Oh, Casey, no me des por imposible todavía.

Pero ¿por qué iba a hacerlo cuando me estaba enamorando como un tonto?

www.elboomeran.com/

Título de la edición original:
The Only Story

Edición en formato digital: enero de 2019

© de la traducción, Jaime Zulaika, 2019

© Julian Barnes, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3996-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

www.elboomeran.com/

1 En inglés, se denomina *stockbroker belt* (literalmente, cinturón residencial de corredores de bolsa) a la zona periférica donde viven muchos de ellos. *(N. del T.)*